



Genocidio y desplazamiento como negociación: La lógica siempre vigente del Plan Dalet

RIMA NAJJAR :: 20/07/2025

El modelo del Plan Dalet -- apoderarse del territorio primero, redibujar el mapa poblacional por la fuerza, negociar después -- permanece incrustado en la arquitectura del régimen sionista

Hoy, el mundo está siendo testigo de la lógica original de la consolidación territorial sionista en el Levante mientras muta, pero persiste -- como una serpiente que se desenrosca a través del tiempo, sosteniendo el Plan Dalet en su lengua bífida e inyectándole nuevo veneno.

Desde el Plan Allon hasta la Doctrina Dahiya, desde el Líbano hasta Siria y Gaza, el expansionismo israelí continúa adaptándose a los terrenos legales, geopolíticos y tecnológicos.

El modelo del Plan Dalet -- apoderarse del territorio primero, redibujar el mapa poblacional por la fuerza, negociar después -- permanece incrustado en la arquitectura de las negociaciones de paz del régimen sionista. Gaza, al igual que Cisjordania, el Golán y el sur del Líbano antes de ella, se ha convertido en un espacio donde el control militar precede al acuerdo político, y donde la crisis humanitaria no es una limitación, sino una herramienta de presión.

Gaza es el punto de ebullición de esta lógica: un sitio donde el desplazamiento, la catástrofe y la dominación son armas para moldear resultados políticos -- donde el genocidio no se ejerce a pesar de la diplomacia, sino al servicio de ella.

Desde principios de 2025, el régimen de Netanyahu ha tomado el control de grandes espacios de la Franja, confinando a más de dos millones de palestinos en "zonas humanitarias" cada vez más pequeñas, mientras mantiene el control militar total sobre el resto. Ha respaldado a agentes armados para desestabilizar la gobernanza, restringido la ayuda para ejercer presión, y ha propuesto planes de "emigración voluntaria" en su visión posbélica.

Estos movimientos reflejan el espíritu del Plan Dalet. Aunque los colonos no habiten Gaza, los cambios demográficos se logran mediante el desplazamiento, y la crisis humanitaria resultante no se presenta como un fracaso, sino como una oportunidad para la reestructuración política. En efecto, el sufrimiento se convierte en moneda de cambio.

Mientras avanzan las conversaciones de normalización con Arabia Saudita y Siria, Israel continúa su ocupación, limita la ayuda y restringe la movilidad de la población. Estas no son violaciones que se deben revertir -- cada vez más se tratan como hechos consumados que la diplomacia debe acomodar.

El alto al fuego propuesto incluye retiros graduales, pero condicionados a la eliminación de Hamás y el surgimiento de una autoridad sumisa -- repitiendo la lógica del armisticio de

1949, donde los palestinos estuvieron ausentes de las negociaciones y los mapas fueron redibujados bajo coacción. Así, la ocupación se convierte en la base diplomática; la normalización avanza a través de la devastación.

Mientras que las negociaciones entre EEUU e Israel se sitúan en la cúspide de esta estructura, algunos actores --entre ellos Sudáfrica, los relatores especiales de las Naciones Unidas y las redes de solidaridad transnacionales-- han comenzado a poner nombre a su lógica.

Aunque rara vez invoquen directamente el Plan Dalet, condenan su legado duradero: desplazamiento forzado, ingeniería demográfica y conquista territorial como herramientas estratégicas de dominación.

La demanda de Sudáfrica de 2023 ante la Corte Internacional de Justicia acusó a Israel de genocidio en Gaza, citando patrones de limpieza étnica enraizados en la Nakba. El Consejo de DDHH de la ONU y los relatores especiales han mencionado repetidamente la Nakba en curso -- vinculando las violaciones actuales con las expulsiones fundacionales de 1948.

La voz judía por la paz fue aún más lejos, calificando abiertamente el plan Dalet como un proyecto colonialista que se expande por medios militares y legales. La Liga Árabe e Irán siguen denunciando la expansión israelí en Siria, Líbano y Palestina como parte de un proyecto sionista más amplio de dominación regional. Aunque no se hable abiertamente del «plan Dalet», su lógica --conquistar primero, negociar después-- es cada vez más reconocida y cuestionada.

Mutación del Plan Dalet: Un modelo estratégico para toda la región

Al mismo tiempo, en un momento de flagrante ironía geopolítica, Benjamin Netanyahu criticó el acuerdo Sykes-Picot, que data de hace un siglo, alegando que los diplomáticos británicos y franceses «no trazaron correctamente las fronteras».

Este marco se presentó como parte de la justificación de las reivindicaciones territoriales israelíes, especialmente en lo que respecta a los Altos del Golán, pero pone de manifiesto una contradicción más profunda: las fronteras impuestas por las potencias coloniales se consideraban ilegítimas, pero el proyecto sionista en sí mismo fue aceptado por esas mismas potencias y se amplió no mediante la corrección, sino mediante el exterminio.

La crítica de Netanyahu se utiliza como arma para justificar la violencia neocolonial. Involuntariamente revela la hipocresía: lamenta las fronteras artificiales mientras preside un régimen cuyo propio plan de expansión -- el Plan Dalet -- no buscaba redibujar mapas en función de la presencia indígena, sino eliminarla por completo. Israel no cuestionó la mala cartografía -- cuestionó la existencia palestina en cualquier mapa.

Resistencia como rechazo estructural

En paralelo a la invasión, la resistencia árabe ha persistido -- no como reacción, sino como rechazo estructural.

En 1948, en medio de las expulsiones masivas de la Nakba, el Ejército de la Guerra Santa y combatientes voluntarios árabes montaron una defensa en medio del colapso del apoyo y la retirada británica. Sin embargo, las milicias sionistas prevalecieron mediante fuerza coordinada, masacres en aldeas y facilitación de gran alcance británica. La resistencia palestina fue aplastada militarmente y borrada diplomáticamente. "La causa palestina no es una búsqueda de caridad, es una revolución", escribió Ghassan Kanafani, transformando la ruina en claridad política.

En 1967, estallaron movimientos guerrilleros como Fatah y el FPLP. La OLP emergió como fuerza diplomática, mientras que las organizaciones populares sentaron las bases para la Primera Intifada. Pero la contrainsurgencia y la exclusión diplomática socavaron su impulso. "No queremos paz, queremos victoria", declaró Yasser Arafat -- pero lo que se concedió fue autonomía sin soberanía.

En Líbano, el ascenso de Hezbolá desafió la doctrina de disuasión israelí --incluso derrotando dos veces a Israel-- pero le siguieron bombardeos, asedios y aislamiento diplomático. "No puedes derrotar a un pueblo que cree que el martirio es un comienzo, no un fin", dijo Hassan Nasrallah, incluso cuando la resistencia fue etiquetada como ilegítima.

En Siria, la condena legal de la anexión del Golán fue recibida con silencio internacional. Las milicias aliadas con Irán se enfrentaron a la consolidación, pero los redibujos regionales se mantuvieron sin cambios.

En Gaza, Hamás, la Yihad Islámica y la Gran Marcha del Retorno enfrentaron invasiones militares, francotiradores y el encuadre diplomático como terrorismo. Las demandas legales como el caso de Sudáfrica en la CIJ siguen pendientes, mientras crecen las campañas de BDS y documentación. "Elegimos la resistencia porque es la única manera de defendernos", declaró Leila Khaled, afirmando la voz de Gaza en medio del asedio.

Y a través de todo ello, resuenan las palabras de Mahmoud Darwish: "¿A dónde iremos después de la última frontera? ¿A dónde volarán los pájaros después del último cielo?"

En julio de 2025, la relatora especial de la ONU Francesca Albanese emitió una de las condenas más contundentes hasta la fecha. Su informe acusa al régimen israelí de operar una "economía del genocidio" -- un sistema en el que la ocupación, el apartheid y el desplazamiento masivo son monetizados.

Actores corporativos -- incluyendo Microsoft, Amazon, Lockheed Martin y Caterpillar -- son nombrados como cómplices en este proyecto colonial de asentamientos. Gaza, escribe, se ha convertido en un "campo de pruebas en vivo" para sistemas de inteligencia artificial de selección de objetivos y vigilancia biométrica, con más de 85.000 toneladas de explosivos lanzados desde octubre de 2023. Las ganancias corporativas y la Bolsa de Tel Aviv se dispararon en paralelo.

Sus demandas:

- Embargo global de armas
- Sanciones a las corporaciones cómplices
- Suspensión de acuerdos comerciales

-- Responsabilidad legal para las instituciones facilitadoras

Albanese insiste: esto no es una cadena de abusos. Es una maquinaria sistémica donde el genocidio no solo es tolerado, sino incentivado.

Esto no es una distorsión de la diplomacia: es su cumplimiento monstruoso. El Plan Dalet no se ha desvanecido en la historia; ha evolucionado hacia una arquitectura de aniquilación, donde el sufrimiento se transmuta en poder de negociación y la dominación se disfraza de paz. Cada desplazamiento forzado, cada camión de ayuda detenido, cada bomba lanzada forma parte de la negociación.

Si la diplomacia exige genocidio para avanzar, entonces no es la paz lo que estamos persiguiendo -- es un ajuste de cuentas. Y ese ajuste comienza al nombrar este sistema por lo que es: una maquinaria que se lucra con la muerte, y un orden mundial que lo hace posible.

** Activista, investigadora y profesora retirada de literatura inglesa en la Universidad Al-Quds, Cisjordania ocupada.*

lkarama.eu

<https://www.lahaine.org/mundo.php/genocidio-y-desplazamiento-como-negociacion>